

que me vea precisado á descubrirlo, por suscitarse de nuevo esta cuestion.

»No acierto á explicarme cómo puede haber dado lugar mi conducta á que se me haga una proposicion que, en el caso de aceptarla, habia de ocasionar males sin cuento á mi país. Seguramente no podriais haber encontrado una persona á quien fuera más desagradable vuestra proposicion, si bien al mismo tiempo debo confesar que ningun hombre desea más sinceramente que yo hacer justicia al ejército, y que en cuanto lo permitan mis medios é influencia consagraré todos mis esfuerzos á conseguir dicho objeto, si se presentara ocasion oportuna. En este caso, permitidme aconsejaros que por consideracion á vuestro país, á vos mismo, y á la posteridad, ó por respeto hácia mí, desecheis esas ideas, teniendo especial cuidado de no comunicarlas á nadie.» ¡Dura y merecida leccion, que prueba de una manera inequívoca y sublime la elevacion de miras, el patriotismo, la incorruptible rectitud é integridad del ilustre jefe americano, del eminente republicano.

Al año siguiente, 1783, próximo ya á licenciarse el ejército, tuvo ocasion de prestar un nuevo servicio á la patria, calmando el descontento de las milicias que querian obtener por medio de la fuerza los atrasos que el Congreso injustamente les negaba. Con tal motivo, reunió á los oficiales, bajo la presidencia del general Gates, y luégo de dirigirles la palabra exponiéndoles varias razones de la manera que sabia hacerlo para calmar sus ánimos y disponerlos á que adoptasen medidas de moderacion, terminó diciéndoles: «Mis fuerzas se han gastado sirviendo á mi patria; mas nunca he puesto en duda su justicia.» Y procedió á la lectura de un manifiesto en el que se revelaban los sentimientos más caballerescos y patrióticos, excitando al ejército á que no recurriese á la violencia, manchando su buen nombre despues de haber hecho tantos sacrificios, y prometiendo emplear todos sus esfuerzos para que se reconociesen los derechos y privilegios de los oficiales.

Todos se sintieron conmovidos, y Washington se retiró silencioso, sin que ninguno se atreviera á oponer la menor observacion.

En cumplimiento de su promesa, escribió al presidente del Congreso una enérgica carta, en la cual le decia: «El resultado de los procedimientos de la gran junta de oficiales, cuyos acuerdos tengo el honor de incluir á V. E. para

que los someta al exámen del Congreso, me lisonjeo se considerará como la última y más gloriosa prueba de patriotismo que pueden dar hombres que aspiran á obtener distinciones en el ejército. Esto no sólo confirma la justicia de su reclamacion, sino que les hace acreedores á un título más de gratitud por parte de la patria.

.....» Mucho me engaño si no son acreedores los oficiales á que se les recompense por sus padecimientos y sacrificios, además de satisfacerles sus atrasos; y mi opinion estará sin duda basada en un error, si no se juzga como yo que el ejército es digno de obtener lo que un pueblo agradecido debe dar. Si este país no satisficase las reclamaciones hechas por los interesados en las últimas solicitudes elevadas al Congreso, debo confesar que habrán quedado defraudadas mis esperanzas; y si como ya se ha indicado, con el objeto de excitar sus pasiones, han de ser los oficiales del ejército las únicas víctimas de la revolucion; si al retirarse del campamento han de verse sumidos en la miseria ó sujetos á una vil dependencia ó á vivir de la caridad, despues de haber gastado la flor de su vida en el campo del honor, entónces sabré lo que es la ingratitud, entónces se habrá realizado un hecho que ha de amargar todas las horas de mi existencia. Pero léjos de mí semejante desconfianza; un pueblo que se ha liberado de una ruina tan inminente por la fuerza de las armas, no dejará nunca de pagar tal deuda de gratitud.»

El Congreso dictó varios acuerdos favorables á los oficiales, y á principios de julio liquidáronse las cuentas del ejército para abonarles todos los atrasos.

Más tarde, cuando los oficiales retirados, para conservar algun vínculo en su dispersion, y sostenerse recíprocamente á la par que á sus familias, trataron de formar la asociacion de *Cincinnati*, Washington, viendo á la sola indicacion de asociacion militar, de orden militar, surgir la desconfianza y el descontento en su recelosa patria, no obstante su personal inclinacion, hizo modificar los estatutos, rehusó la presidencia, y hasta cesó de formar parte, diciendo á este propósito: «Si no podemos vencer al pueblo de lo infundado de sus temores, es preciso ceder (1).»

Cuando mediaba el interés público, no cedia, ni aun al pueblo; pero sabia apreciar bastante bien la importancia de las cosas, para emplear

(1) Writings, tom. VIII, pág. 35.

la misma inflexibilidad cuando no se trataba sino de interés ó sentimientos particulares, aun que fuesen legítimos.

Obtenido el objeto de la guerra, al separarse de sus compañeros de armas, junto con un afectuoso pesar y la alegría del reposo despues de la victoria, asomó en su alma otro sentimiento, si bien oscuro y quizá desconocido para él mismo; el sentimiento de dejar la vida militar á cuya profesion habia dedicado con tanta fortuna sus más preciosos años. Esa vida agradaba mucho á Washington, genio regular, más firme que fecundo, justo y benévolo con los hombres, pero grave y algo frio, nacido para el mando ántes que para la lucha, que en la accion amaba el orden, la disciplina, la jerarquía, y preferia en una buena causa el empleo sencillo y poderoso de la fuerza á las complicaciones sutiles y á las acaloradas cuestiones de la política.

Satisfecho de haber librado á su patria de una guerra civil así como de la guerra extranjera, fué á ocultar su gloria en Monte Vernon, miéntras la América, reconocida, le pagaba en homenajes y en respeto el único salario digno de sus grandes y heróicos servicios. Es preciso remontarse á la antigüedad para encontrar á la vez en un hombre tanta sencillez y grandeza.

Al despedirse de sus tropas, dirigióles una patriótica arenga sembrada de afectuosas frases y amistosos consejos, terminando con estas últimas palabras: «Poco falta ya para que el soldado deje su uniforme y se convierta en un buen ciudadano, observando siempre esa prudente é irreprochable conducta que distinguió, no sólo al ejército que estuvo bajo mis órdenes durante la guerra, sí que tambien á los demás cuerpos que sirvieron separadamente. Esto producirá los mejores resultados; y á la vez que os felicita por la gloriosa causa que hace ya inútiles los servicios de todos en el campo del honor; vuestro general en jefe se complace en dar á todas las clases del ejército sus más expresivas gracias por el auxilio que le prestaron, y en este caso no puede ménos de expresar su gratitud á los oficiales generales por sus acertados consejos en distintas ocasiones, así como por su celo en llevar á cabo el adoptado plan; á los jefes y oficiales de los regimientos por su pronto cumplimiento de las órdenes que se les dieron; al estado mayor por la puntualidad con que desempeñó sus respectivos deberes, y á las tropas en general por su mucha paciencia y resignacion, así como por el valor de que dieron prue-

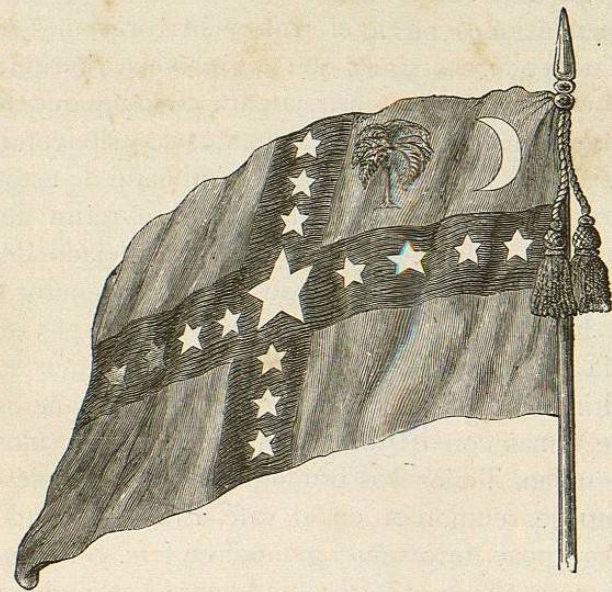
bas en distintas batallas. Vuestro general en jefe aprovecha esta ocasion solemne para manifestar al ejército cuán profunda es la amistad que le profesa, y á más de esto desearia favorecer á todos en lo futuro, pero se lisonjea, no obstante, de que le harán la justicia de creer que todo lo que pudo obtenerse por los medios que estuvieron á su alcance, se hizo inmediatamente. Y ahora que ha llegado el momento de dictar sus últimas órdenes, despojándose de su carácter militar para despedirse de los ejércitos de que tuvo el honor de ser jefe por tanto tiempo, sólo le resta ofrecerles de nuevo sus recomendaciones para el país, y sus oraciones al Todopoderoso para que les proteja. ¡Permita el cielo que haya justicia para todos, y que la Providencia favorezca á cuantos contribuyeron al auxilio de sus semejantes! Animado de estos deseos, vuestro general en jefe se retira del servicio militar, y pronto se verá alejado del teatro de la guerra y de sus fieles compañeros.»

Esto sucedia el 3 de noviembre de 1783; el día 4 del siguiente mes, Washington tuvo su última entrevista con sus queridos compañeros de armas con quienes tan estrechos vínculos le unian. Todos los primeros oficiales del ejército se reunieron en el café Francés, donde llegó poco despues el general en jefe. Su emocion era demasiado profunda para que pudiera ocultarla, del mismo modo que la de todos los que allí se hallaban congregados y que en tantas ocasiones arrostraran juntos los mayores peligros por la salvacion de la patria. Por fin Washington llenó su vaso, y volviéndose á sus compañeros, les dijo: «Al despedirme de vosotros, mi corazon rebosa de gratitud, y mi más ardiente anhelo es que vuestros últimos días sean tan prósperos y felices como gloriosos fueron los primeros. No puedo despedirme particularmente de vosotros; pero mucho os agradeceré que me estrecheis uno á uno la mano sucesivamente.»

El general Knox, que se hallaba más cerca, fué el primero que se apresuró á tributarle el indicado testimonio de afecto, en señal de despedida, y Washington, que, en fuerza de su emocion, no podia pronunciar una palabra, le estrechó la mano y le abrazó en silencio, repitiendo luégo la misma operacion con todos los demás oficiales. De los ojos de aquellos bravos guerreros brotó una lágrima, muda, pero elocuente expresion del sentimiento de que se hallaban embargados los actores de aquella escena.

Washington dirigióse luego á Whitehall, donde le aguardaba un barco para conducirlo á Paulus Hook, y todos le fueron acompañando, sin poder ocultar su verdadera melancolía y tristeza. Al saltar á la embarcacion, el general en jefe agitó su sombrero saludando por última vez, y los acompañantes se retiraron silenciosos, yendo á reunirse poco despues al mismo punto de donde partieron (1).

Washington se dirigió á Annápolis, á donde se había trasladado el Congreso, para terminar su carrera pública. Durante su tránsito no cesó



Una de las primeras banderas de las tropas americanas

de ser objeto de las mayores demostraciones de gratitud y señalado afecto, y todas las legislaturas y el pueblo de los diversos Estados dirigiéronle numerosas manifestaciones.

Despues de haber entregado al superintendente que se hallaba en Filadelfia, una cuenta exacta y detallada de sus gastos durante la guerra, escrita de su propia mano, Washington llegó á Annápolis el 17 de diciembre, y anunció al Congreso que estaba dispuesto á resignar el mando. Para mayor solemnidad del acto, el Congreso acordó que tuviese lugar la ceremonia en sesion pública y en presencia de los compatriotas del ilustre héroe, digno de la mayor consideracion de la patria.

Inmensa concurrencia, entre la cual figuraban numerosas y distinguidas señoras americanas, llenaba el salon del Congreso aquel señalado día, 23 de diciembre de 1783, hallándose presentes todos los funcionarios públicos del Estado de Maryland y el cónsul general de

(1) Marshall, *Vida de Washington*, tom. II, pág. 57.—Gordon, *Historia de la Revolucion americana*, tom. III, pág. 377.

Francia, cuando fué introducido Washington por el secretario, el cual, despues de una breve pausa, para imponer silencio, anunció que: « Los representantes de los Estados Unidos, reunidos en sesion, se hallaban dispuestos á recibir las comunicaciones del general en jefe. »

Washington entregó al Presidente del Congreso, junto con su nombramiento y los poderes extraordinarios que se le confrieran, el siguiente escrito, que se leyó en alta voz:

« Señor Presidente:— Terminada la importante mision que me fué encomendada, tengo el honor de ofrecer mi más sincero afecto al Congreso, y depositar en sus manos la dimision del cargo que venia desempeñando, pidiendo al mismo tiempo permiso para retirarme del servicio.

» Considerándome feliz por el establecimiento de nuestra independenciam y soberanía, y sumamente complacido al pensar que mi patria puede llegar á ser una nacion respetable, resigno con el mayor gusto el mando que acepté con desconfianza, pues, en efecto, debia tenerla para llevar á cabo tan ardua empresa, sin otro apoyo que la rectitud de nuestra causa, el poder supremo de la Union y la proteccion del cielo.

» La feliz conclusion de la guerra ha satisfecho los más ardientes deseos; mi agradecimiento á la interposicion de la Providencia y al auxilio que recibí de mis conciudadanos, aumenta doblemente ante el éxito lisonjero de la lucha.

» Al manifestar mi gratitud á todo el ejército en general, cometeria una injusticia si no reconociese en este sitio los servicios particulares y el distinguido mérito de los que fueron agregados á mi persona durante la guerra; pues no pudo ser más acertada la eleccion de los oficiales que compusieron mi estado mayor. Por lo que me permitireis que recomiende particularmente al favor y proteccion del Congreso á los que continuaron en el servicio hasta el postrer instante de la lucha.

» Considero un deber indispensable terminar este último acto de mi vida oficial, encomendando al Todopoderoso los intereses de mi querida patria y de los que están encargados de gobernarla.

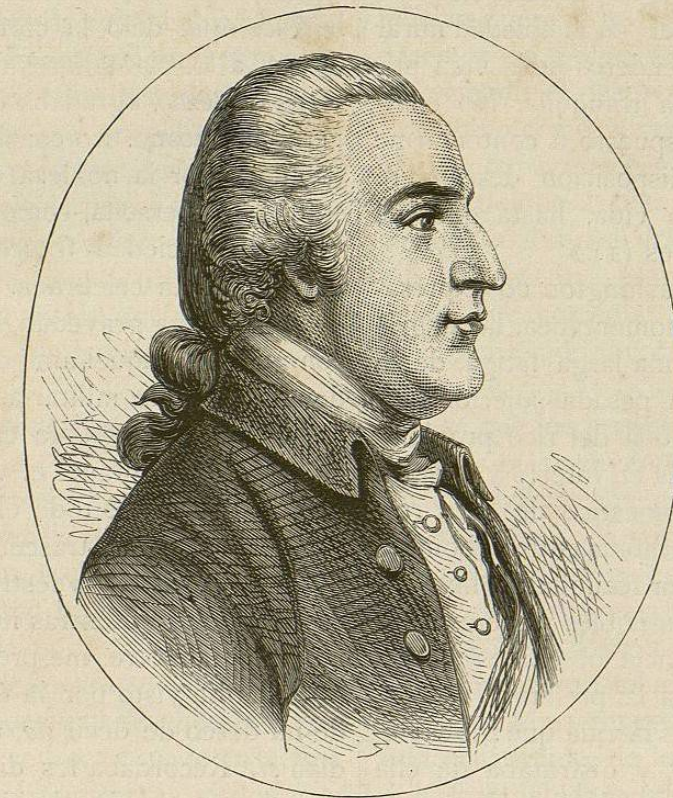
» Y habiendo terminado la mision que se me confió, me retiro del gran teatro de la guerra, despidiéndome de esta augusta corporacion, bajo cuyas órdenes he servido tanto tiempo, teniendo el honor de resignar en sus manos mi alto cargo, para alejarme de la vida pública.»

El Presidente del Congreso contestó:

« Los Estados, en Congreso reunidos, reciben con el más afectuoso sentimiento la solemne dimision del cargo que ejercisteis para dirigir á nuestro ejército durante una peligrosa guerra. Llamado por nuestro país para defender sus derechos, aceptasteis tan sagrado cargo cuando el gobierno no contaba aún con recursos para apoyaros. Durante la lucha, habeis dado pruebas de vuestro valor y talento, respetando en todas ocasiones los derechos del poder civil, y granjeándoos el aprecio y la confianza de vuestros

conciudadanos, les habeis facilitado el medio de desplegar su genio guerrero y trasmitir su fama á la posteridad. Os habeis sostenido hasta que los Estados, con el auxilio de un rey magnánimo y una nacion poderosa, han podido terminar felizmente la guerra, obteniendo la libertad y la independenciam, por cuyo satisfactorio acontecimiento nos felicitamos como vos.

» Despues de haber defendido el estandarte de la libertad en este nuevo mundo; despues de haber dado una leccion útil á los opresores



El general Arnold

y á los oprimidos, os retirais del lugar de la accion llevándoos las bendiciones de vuestros compatriotas; vuestra gloria y vuestras virtudes nunca podrán olvidarse, aunque resigneis vuestro mando, y estad persuadido que se conservará su recuerdo hasta las más remotas edades.

» Reconocemos como vos nuestras obligaciones para con el ejército en general, y cuidaremos particularmente de los intereses de los oficiales que formaron vuestro estado mayor hasta el último momento.

» Así como vos, en fin, encomendamos los intereses de nuestra querida patria á la proteccion del Todopoderoso, pidiéndole que incline el ánimo de todos nuestros conciudadanos á que aprovechen la oportunidad que se les presenta de llegar á ser una nacion respetable. Asimismo le suplicaremos conserve vuestra

preciosa vida y os colme de la felicidad que mereceis, esperando, por último, os conceda una recompensa que este mundo no puede daros.»

Terminado el acto, Jorge Washington, que desde aquel momento quedaba igual en representacion al más humilde de sus conciudadanos, se retiró cubierto de gloria.

Al día siguiente llegó á su ansiado y modesto retiro de Monte Vernon, del cual había estado ausente nueve años.

Pocos días despues, decia á algunos de sus buenos amigos: « La accion marcha por último á su término.... La víspera de Navidad, por la noche, vieron las puertas de esta casa entrar un hombre nueve años más viejo de lo que era cuando las abandoné.... Empiezo á sentirme bien, y libre de cuidados públicos. Procuero